

REVISTA MEXICANA DE ANÁLISIS DE LA CONDUCTA  
MEXICAN JOURNAL OF BEHAVIOR ANALYSIS

2006  
32, 93-94

NÚMERO 2 (DIC)  
NUMBER 2 (DEC)

## OBITUARIO: ISAAC SELIGSON NISEMBAUM (1950-2006)

**EMILIO RIBES ÑESTA**

El pasado 13 de octubre de 2006 recibí a primeras horas de la mañana la noticia de que Isaac nos había dejado. Aunque en los últimos tres años la distancia, nuestras ocupaciones y nuestros estilos de vida, impidieron reunirnos, seguíamos manteniendo contactos frecuentes de tipo telefónico y electrónico. La noticia de su fallecimiento fue equivalente a sentir que te arrebatan algo de ti mismo que te ha acompañado durante parte de la vida. Tuvo un efecto



desolador. Te hace sentir impotente, te sorprende, te irrita, e inevitablemente te hace reflexionar sobre tu propia vida, que no es algo separado de la vida de aquellos otros con los que has compartido ideales, afecto, lealtades, alegrías y también sufrimiento, decepciones, frustraciones, y desaliento. Te enfrenta, ni más ni menos, a las circunstancias de tu propia vida.

Isaac fue siempre un personaje especial y único. Fue fiel a su sobrenombre, un auténtico vikingo irreplicable. Lo conocí por vez primera en 1972, cuando Isaac estudiaba psicología en la Universidad Iberoamericana, en la sede de Churubusco destruida años después por un terremoto. No fue un contacto personal. Ambos asistíamos a una asamblea de profesores y estudiantes que protestaba por la manipulación desaseada de la organización del departamento de psicología por parte de las autoridades universitarias. Sin ser amigos, ambos dejamos la Universidad Iberoamericana a partir de esa asamblea. Yo me dediqué de tiempo completo al posgrado en la nueva Facultad de Psicología de la UNAM, mientras que Isaac completaba en ella sus estudios de licenciatura. Volvimos a tener contacto en 1975, en Caracas, en ocasión del V Simposio Internacional de Modificación de Conducta y, como era de esperarse, nuestro encuentro ocurrió en el coctel de inauguración. Allí

conversamos y, por vez primera, fui objeto de sus efusivos comentarios sobre mi persona. Ese encuentro fue el inicio de una amistad, fraterna, que duró hasta su muerte. En 1976 lo invité a formar parte del profesorado de la nueva licenciatura en la entonces ENEP-Iztacala, para hacerse cargo del área de psicología clínica. En 1979, cuando disfruté de mi primer año sabático en Barcelona, Isaac fue designado coordinador de la carrera de psicología. El periodo de 1976-1982 en Iztacala no solo representó una intensa actividad compartida en lo académico, sino que consolidó nuestra amistad, al amparo de una vida social repleta de reuniones, muchas de ellas inducidas por el juego del dominó, en lo que Rafael Lozano denominaba "La petite belle Toluque" en Tlalnepantla. ¿Quién podrá olvidar la gran contribución de Isaac a la coctelería fusión: ron blanco pintado de coca cola con escarcha de papas fritas?

Al dejar la coordinación de psicología lo convencí de hacer una estancia con Jack Hunter en Huntsville, Alabama, con el fin de que se reintegrara, con otros colegas de Iztacala becados a distintos programas de posgrado con el mismo propósito, a la nueva Maestría en Modificación de Conducta. Isaac, siempre leal, pertinaz, honesto, y dedicado, fue el único que se reincorporó a Iztacala y colaboró, de manera decisiva, para iniciar dicha maestría. Años después, compartió su tiempo entre Iztacala y la Facultad de Psicología, impulsando el área de medicina conductual y psicología de la salud. Colaboró con Héctor Ayala en la creación del internado y de residencias para psicólogos en el sector salud. En estos últimos años, el libro que escribió con Leonardo Reynoso, fue su gran orgullo intelectual.

Sin embargo, su verdadera razón de vivir desde 1983 lo fueron sus hijos, primero Gabriel (Gabo) y después Lorena, a los que entregó su tiempo, su entusiasmo, y su alegría de manera excepcional. Isaac disfrutaba enormemente la amistad, aunque en su vida se topó muchas veces con decepciones auspiciadas por el interés y el oportunismo. Con el tiempo fue reduciendo su círculo de amigos probados, como nos ocurre a muchos, y se concentró intensamente en su trabajo con pacientes cancerosos.

Hablar de Isaac es hablar de su nobleza, de su bonhomía, de su amistad indeclinable, de su generosidad sin límite, de su alegría ingenua, de su falta de malicia, de su desprecio por las falsas formas, de su afecto sincero, de sus excesos vitales, de su resistencia al dolor, de su lealtad, de su falta de tacto en ocasiones, de su disfrute de las pequeñas cosas de la vida, de su solidaridad, y de la entrega a su familia. Se fue de nosotros, tal como lo hacía en la reuniones en las que se aburría: nos abandonaba sin avisar. Sin embargo, tal como ocurría entonces, lo seguiremos llamando. Isaac permanece en nuestra memoria, porque alguien tan entrañable como Isaac no puede olvidarse.